

COLON Y LA "CASA SANTA"*

1. MEDIEVALISMO DE COLÓN

EL mexicano Carlos Pereyra ha dicho bien: "A la historia lo que le interesa de Colón es el carácter del hombre y las ideas en que fundaba sus planes"¹. Efectivamente, siempre atraerá al investigador de amplia visión mucho más la filosofía del Descubrimiento que sus vicisitudes, porque el móvil psicológico desempeñó un papel singularísimo. Alejandro de Humboldt, recogiendo el sentir de Arago en su elogio de Volta, se manifestó ya consciente de esas bases espirituales que explican todo progreso humano, sea técnico o intelectual: "Lo que más halaga e instruye —escribiría el eminente sabio— en la historia filosófica de los descubrimientos y en la exposición de las sutiles correlaciones que no advierten las inteligencias vulgares, es seguir la marcha de los inventores"². Marcha ésta caracterizada por la primacía de lo anímico sobre lo material; es decir, por el genio creador de quienes recorren velos en el Universo. Colón fué uno de ellos.

Así, pues, cualquier interpretación de su hazaña ultramarina exige, como supuesto previo, que se la esclarezca a la luz de su intimidad y, especialmente, de las notas medievales que sorprendamos en el alma colombina. Todavía no se han hecho decisivos avances en lo que se refiere a la psicología nebulosa, evanescente y complejísima del Almirante, debido, quizá, a que los historiadores se han preocupado más de

* Este trabajo es el capítulo VIII de mi libro *El ideal de Cruzada en la Baja Edad Media y el Renacimiento*, próximo a ver la luz.

Como se trata del capítulo de un libro en el cual se citan con frecuencia los mismos autores, ciertas notas remiten a otras precedentes. Por ejemplo, cuando se indica entre paréntesis (*vide nota 11*) n. 21 VII, ello significa que es la nota 21 del capítulo VII, a la cual se remite para mayor precisión en el dato bibliográfico.

¹ C. PEREYRA, *La conquista de las rutas oceánicas*. Buenos Aires, Virtus, s. a., p. 139.

² A. DE HUMBOLDT, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América. Historia de la geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía náutica en los siglos XV y XVI*. Trad. espñ. II, Madrid, Vda. de Hernando, 1892, p. 5.

los datos biográficos —externos— de Colón, que de bucear en su conciencia³. Tarea, por lo demás, extraordinariamente difícil.

El navegante genovés se nos muestra, si estudiamos sus escritos y actos con el rigor necesario para comprenderle humanamente, a caballo entre ideales de vida contrapuestos: el religioso-heroico, idealista y romántico, medieval, por una parte; el científico, pragmático y económico, renaciente, por otra. Hemos de hacernos cuestión, en efecto, de semejante ambivalencia para situar a Colón en una perspectiva más clara. Sólo así entenderemos, tanto su extraña personalidad —carácter e ideas— como su misión histórica.

Se da en él ese juego de fuerzas que tienden a un equilibrio, por lo cual se ha clasificado a Colón entre las individualidades del Renacimiento y entre los exponentes del viejo estilo europeo, cristiano; pero casi me atrevería a sostener que el lado medieval de su psicología, como marino y como creyente, aparece más ostensible que el otro. Ballesteros y Beretta —cuyos dos volúmenes sobre el Descubrimiento constituyen la mejor aportación crítica al tema colombino, en lengua española— no vacila en denominarle “hombre puro de la Edad Media”, que “no advierte las complicaciones racionalistas del Renacimiento”. “Su cultura y su preparación teórica —añade— son netamente medievales...”⁴

Nada más exacto: aquel marino veterano, endurecido por todos los vientos de la rosa, melancólico, taciturno, severo y no exento de arrogancia, era un espíritu medieval y, en consecuencia, fácilmente sugestionable y crédulo. Estaba más cerca de la candorosa mentalidad popular que del escepticismo renacentista. Por lo menos, Colón nunca tuvo sentido crítico y rindió, en cambio, un ciego culto al principio de autoridad. Baste recordar su fe en autores como el cardenal Pierre d'Ailly, Eneas Silvio Piccolomini, Marco Polo, Nicolás de Lyra, etc. Cristiano sincero, aunque un tanto visionario, invocaba constantemente los libros bíblicos, favoritos, de Isaías, Esdras, el Apocalipsis y demás, tan relacionados con su profetismo, según veremos. El marino genovés, autodidacto, poseía un bagaje rudimentario de conocimientos: su gran escuela fué la vida. Cualquier intento, pues, de crearle una aureola científica y, por tanto, un saber erudito, universitario, está condenado al fracaso. Porque él mismo se calificó de “lego marinerero y hombre mundanal”, desvirtuando así las aseveraciones de su propio hijo Hernando, interesado en forjarle no sólo una leyenda genealógica sino una cultura que jamás adquirió⁵. Los miembros de la Junta de Córdoba, encargados de exami-

³ Cf., para bibliografía sobre la psicología de Colón, B. SÁNCHEZ ALONSO, *Fuentes de la historia española e hispano-americana*, ya cit. (n. 12 III), I, pp. 490 y ss. Véanse, especialmente: C. DE LOLLIS, *Cristoforo Colombo nella leggenda e nella storia*. 3ª ed., riv. e accr. di una disquisizione critica. Roma, 1924. - F. MA. PAOLINI, *Cristoforo Colombo nella sua vita morale*. Livorno, 1938.

⁴ A. BALLESTEROS Y BERETTA, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, en la “Historia de América”, ya cit. (n. 9 VII), V, Barcelona, Salvat, 1945, pp. 760-761 y 764-765.

⁵ Hernando Colón, efectivamente, inventó el paso de su padre por Pavía. Las investigaciones llevadas a cabo —registros de matriculas, por ejemplo—, y la consulta de documentos coetáneos —incluso testimonios de profesores que allí explicaban durante la juventud de Colón—, no permiten afirmar esa cultura superior. “Pocas producciones —dice Ballesteros sobre la *Historia del Almirante*, escrita por Hernando— de una parcialidad tan flagrante, emanada de un afecto filial que aureola la figura del Almirante” (cf. ob. cit. IV, p. 72). Sobre los estudios de Colón —aparte de Ballesteros—, vid. E. DE GANDÍA, *La cultura de Cristóbal Colón*, en “Revista de las Indias” (Bogotá), Nº 8 (1941) pp. 15-28.

nar su proyecto descubridor, tenían del mundo una imagen más real que Colón. Este no acreditó allí nociones cosmográficas superiores a las de los tratados enciclopédicos leídos. Podemos considerarle, en verdad, si no un ignorante, cuando menos hombre de escasas letras.

Claro está que afirma, por ejemplo, la esfericidad de la Tierra, y que asombran sus geniales atisbos científicos —empíricos—, producto de excepcionales dotes de observador; pero, en general, su ideario es pobre y típico de la Edad Media. Su grandeza radica, indudablemente, en la experiencia marinera, que compensaba hasta cierto grado tal autodidactismo. "Colón fué —a juicio de Nunn— uno de los principales marinos del mundo en una época de viajes a vela"⁶. Más de cuarenta años navegando, familiarizado con los vientos y las corrientes oceánicas, habíale dado madurez y confianza en sí mismo, aparte de innegable habilidad para el trazado de cartas náuticas.

Notas medievales son, entre otras, su ingenuidad y su errónea concepción del Universo. "En el Diario del primer viaje refiere, como algo admisible, que le han dicho que los habitantes de Cibao nacían con cola, y en la relación del cuarto viaje le asalta de continuo la preocupación de los monstruos. Cree haber encontrado en la costa de Paria el Paraíso Terrenal..."⁷. Las fantasías del Medioevo se incorporan al acervo imaginativo de Colón, quien leería también otro "Libro de las Maravillas": el atribuido a Sir John de Mandeville. "Mandeville —observa con razón Pereyra— es uno de los primeros descubridores de América. Y Cristóbal Colón, cuando enfila los canales de la Trinidad, parece guiado por la mano del supuesto viajero inglés o médico de Lieja"⁸. Posiblemente la idea —ya renaciente— de la esfericidad del Planeta, la tomó el Almirante de esta obra o de otro autor, en sus inconexas lecturas. La afición, que le distingue, a las enciclopedias, es también un rasgo medieval⁹. En ellas bebería casi toda su pseudo-ciencia geográfica y cosmográfica: la *Imago mundi* de Pierre d'Ailly gozó de su predilección, como

⁶ G. E. NUNN, *The Geographical Conceptions of Columbus. A Critical Consideration of Four Problems*. New York, American Geographical Society (Research Series, N° 14), 1924, p. 44. Los problemas que se plantea son: 1) La determinación, por Colón, de la longitud de un grado terrestre; 2) la ruta que el Descubridor siguió —eligiendo el paralelo de las Canarias—, como demostración de que conocía perfectamente los vientos y corrientes atlánticos; 3) sobre si Colón supuso orientales las tierras halladas en el cuarto viaje; a lo que responde Nunn que sí ["Columbus died —afirma— so believing" (p. 90)]; y 4) la identificación de Florida en el mapa Cantino de 1502. - Cf. asimismo, para las cuestiones relativas al saber cosmográfico y matemático de Colón, J. REY PASTOR, *La ciencia y la técnica en el Descubrimiento de América*. Buenos Aires, 1942.

⁷ BALLESTEROS Y BERETTA, ob cit., V, p. 22. - Cf. también C. PEREYRA, *Historia de la América española*. I y II, S. Calleja, 1920, pp. 118-130. Sobre la creencia medieval en los monstruos que poblaban algunas zonas del mundo, vid., por ejemplo, E. MALE, *L'art religieux du XIIe siècle en France*. Paris, A. Colin, 1922, p. 323. Sabemos cómo proviene de la antiqüedad, particularmente a través de Ctesias de Cnido y Solinus, en quienes —directa o indirectamente— se inspiró San Isidoro de Sevilla. En los "bestiarios" hallaban los artistas y escritores medievales temas sobre estas criaturas pintorescas y espantosas. Cf. también CH. V. LANGLOIS, *La connaissance de la nature et du monde au moyen âge*. Paris, Hachette, 1911.

⁸ C. PEREYRA, *La conquista de las rutas oceánicas*, ya cit., p. 53.

⁹ La unidad del saber —entendido como saber de salvación, es decir, a la luz del Cristianismo— informa toda la Alta Edad Media: pues la *ordinatio ad unum*, característica de tal etapa, se refleja igualmente en el plano de la cultura, explicándose así los *Specula* y las *Summae*, panoramas ambiciosos de las letras divinas y humanas. El género enciclopédico, al que tan inclinado fué Colón, se remonta por consiguiente al Medioevo y hunde sus raíces en el clásico precedente isidoriano, que suministró el modelo durante los "siglos oscuros" (VIII-XI).

es sabido. Tal debilidad explica los errores científicos del genovés, en particular la creencia de que la mayor parte de la tierra estaba habitada y de que lo cubierto por las aguas era relativamente poco; la evaluación del grado en 56 millas y dos tercios, o sea, 83 kilómetros y medio, contrariamente a Ptolomeo y Toscanelli, que lo calculaban en 62 millas y media; evaluación ésta que explica la medición de la circunferencia ecuatorial en 30.000 kilómetros, es decir, una cuarta parte menos de la realidad y, por tanto, el subsiguiente error: asignar una longitud de 4.500 kilómetros a la distancia transoceánica, lo cual justificaba, según él, la travesía del Atlántico en busca de las Indias orientales...

Dentro de tan falsa idea del Universo resplandece, sin embargo, una sensibilidad única para la Naturaleza. Colón sabía ver y sentía lo que sus ojos contemplaban por doquiera. Humboldt ha puesto de relieve esa hermosa cualidad estética y ha celebrado "la extraordinaria sagacidad con que se hacía cargo de los fenómenos del mundo exterior". "Sus relaciones —puntualiza— son verdaderos cuadros de la naturaleza"¹⁰. Y tal exaltación ante las bellezas del cosmos ha parecido siempre moderna, pero si ahondamos en su esencia y orígenes se nos presentará como genuinamente medieval. La sensibilidad colombina se aproxima bastante a la del franciscanismo: valora el mundo en función del Creador, a quien el Almirante elevaba sus preces cada vez que descubría nuevos paisajes y criaturas. La devoción colombina entronca directamente con la franciscana, hecho que no se ha subrayado en las biografías de Colón, aun cuando se hable de sus vínculos con La Rábida. El P. Streicher ha insistido sobre esta huella minorita en el alma del gran marino: "La Rábida —escribe—, aquel sitio de hospitalidad franciscana, fué la verdadera escuela cosmográfica de Colón, en la cual, además, se familiarizó con Escoto y con Rogerio Bacon y sus concepciones científicas. El que Colón conociese en aquel sitio la *Imago mundi* de Pierre d'Ailly, no fué casualidad; pues el hecho de que partes enteras de la *Imago mundi* han sido tomadas por Alíaco, a veces al pie de la letra, del *Opus maius* de Bacon, expresa claramente la influencia que en aquel manual tuvo el espíritu de la escuela franciscana, orientada hacia las ciencias exactas"¹¹. Y una tradición quiere que Raimundo Lulio —terciario franciscano, como lo sería después Colón— revelara la existencia del Nuevo Mundo a un antepasado del Descubridor, a un tal Esteban Colombo...¹²

En otro campo se manifestaría su medievalismo: en el plan de cruzada. Enrique de Gandía ha comprendido esta notable faceta religiosa de Colón, al sustentar que fué "una resultante lógica, un heredero

¹⁰ A. DE HUMBOLDT, *Criótohal Colón y el Descubrimiento de América*, ya cit., III, p. 15, y II, p. 156. Añade: "La elocuencia de las almas incultas, que viven en medio de una civilización avanzada, es como la elocuencia de los tiempos primitivos" (cf. II, p. 163).

¹¹ P. F. STREICHER, S. J., *Las notas marginales de Colón*, ya cit. (n. 21, VII), pp. 51-52. Pero estas relaciones de Colón con La Rábida se enfriaron desde que los frailes apoyaron a los paleños Pinzón. Fué entonces cuando Colón entabló amistad con el P. Gorricio. Cf. Fr. J. COLL, O. F. M., *Colón y La Rábida...*, Madrid, 1891. - Rogerio Bacon influyó mucho en la génesis del Descubrimiento por sus ideas geográficas, tan modernas y sorprendentes. "Dos siglos antes de Colón, en el *Tractatus de Geographia* —escribe el P. A. GEMELLI, O. F. M.—, que excitó la admiración de Humboldt, a propósito de la cantidad de tierra habitable, escribe las palabras que Colón meditó: "Para hallar la forma de la Tierra hay que navegar hacia el oeste, para llegar al este" (cf. *El Franciscanismo*, ya cit., en la nota 9 VII, p. 62).

¹² Cf. P. A. GEMELLI, ob. cit., p. 65.

espiritual de San Francisco y de todos aquellos frailes viajeros que iban a pie hasta la India y la China"¹³. Sin aceptar, empero, la posición radical del autor mencionado, no cabe duda que hay en el plan colombino mucho espíritu franciscano. He aquí, pues, un aspecto más de esa psicología medieval a que vengo refiriéndome, la cual asoma plenamente cuando se investigan los sueños apostólicos, misionales, proféticos, del Almirante.

2. EL "EMBAJADOR DE DIOS"

Como se ha dudado de la religiosidad colombina, es preciso documentar ésta con el fin de allegar no sólo más pruebas de su medievalismo, sino, ante todo, de esa voluntad crucífera que le hizo escribir al Papa Alejandro VI: "Porque yo espero en nuestro Señor de divulgar su Santo Nombre y Evangelio en el Universo..."¹⁴

Ciertos autores contemporáneos, más brillantes que profundos, han negado la piedad del Almirante, cubriendo a éste de estigmas y defectos múltiples, a los que no escapa ningún mortal. Ramón Iglesia figura, por ejemplo, entre sus detractores¹⁵. En primer lugar rechaza la supuesta ciencia de Colón, que, desde luego y como acabamos de comprobar, no era ni rica ni depurada; pero a continuación trata de atacar su fe, tildándola de hipócrita y circunstancial, interesada, mezquina... "Colón, que no era un sabio —dice—, tampoco era un iluminado"¹⁶. Según Iglesia, prefería el libro mayor al de oraciones. Su empresa ultramarina respondió a necesidades estrictamente comerciales y, en consecuencia, a imperativos materialistas. La "alucinación colectiva" que se apoderó de los navegantes en el siglo xv, les persuadió de que había realmente tierras al oeste de Madeira y Canarias; tierras en las cuales podía encontrarse oro, como pensó Colón al tocar la Española y Cuba. Pues el móvil crematístico guió, añade Iglesia, al genovés, primer "indiano" y gran tacaño, sin sentimiento alguno de la naturaleza y, sobre todo, sin religión: "Su pretendida piedad era elaborada, consciente, extravertida, ritual"¹⁷. Ello se echa de ver, por ejemplo, en el famoso *Libro de las Profecías*: "Era un alegato para lograr la rehabilitación de sus derechos este libro

¹³ E. DE GANDÍA, *Los últimos cruzados*. Buenos Aires, G. Kraft, 1942, p. 39. Vid. su ensayo "El fin de la Edad Media y el descubrimiento de América", op. cit., pp. 41-66. A este respecto bueno es recordar a C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, quien, en *España y el Islam* (n. 28, IV), ha dicho: "No se requiere conocer hondamente la empresa americana, para advertir que ella se llevó a cabo con espíritu muy medieval y por un pueblo saturado de medievalismo" (cf. pp. 181-182).

¹⁴ Cf. M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*, II, Madrid, 1825, p. 281. También —en general para todos los autógrafos colombinos— la *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla Reale Commissione Colombiana pel quarto centenario della scoperta dell'America*. Roma..., 1892-1896. He consultado especialmente la parte I, volumen II: *Scritti di Cristoforo Colombo. Pubblicati ed illustrati da Cesare de Lollis*. Roma, Ministero della Pubblica Istruzione, 1894. La Carta al Papa Alejandro VI, de febrero de 1502, pidiendo misioneros, entre las pp. 164 y 166. - Cf. también R. CADDEO, *Cristoforo Colombo. Relazioni di viaggio e lettere (1493-1506)*. Milano, 1941.

¹⁵ R. IGLESIA, *El hombre Colón*, en "Revista de Occidente" (Madrid), N.º 80 (1930), pp. 156-192.

¹⁶ R. IGLESIA, art. cit., p. 159.

¹⁷ R. IGLESIA, art. cit., pp. 161-175.

ultraterreno y visionario" . . . "No se sabe —concluye Iglesia— qué admirar más en esta idea, si su ingenuidad o su audacia"¹⁸. Carlos Pereyra tampoco se muestra simpatizante del hombre Colón, adusto, egoísta, frío, metalizado, con "la torva codicia judaica de un logrero. . ."¹⁹

Sin embargo, aun reconociendo como probablemente acertados los cargos sobre su aureomanía —ya tendremos ocasión de examinar este punto—, deben impugnarse los relativos a su tartufismo, pues Colón exhibe una devoción franca, sencilla e indiscutiblemente católica. Para convencerse de ello léanse sus autógrafos y las fuentes coetáneas.

Por si la existencia misma del Almirante pudiera dejar algún resquicio a la duda sobre el particular, citaré varias autoridades, entre otras, primeramente, a fray Bartolomé de las Casas, quien es explícito. Colón, según refiere, destacábase por las siguientes virtudes: "Paciente y muy sufrido. . . , perdonador de las injurias, y que no quería otra cosa, según dél se cuenta, sino que conociesen los que le ofendían sus errores, y se le reconciasen los delincuentes; constantísimo y adornado de longanidad en los trabajos y adversidades que le ocurrieron siempre, las cuales fueron increíbles e infinitas, teniendo siempre gran confianza de la Providencia divina. . . "²⁰. Y agrega en un importante pasaje: "En las cosas de la religión cristiana era sin duda católico y de mucha devoción. . . Ayunaba los ayunos de la Iglesia observantísimamente; confesaba muchas veces y comulgaba; rezaba todas las horas canónicas, como los eclesiásticos o religiosos; enemicísimo de blasfemias y juramentos; era devotísimo de Nuestra Señora y del Seráfico Padre San Francisco; pareció ser muy agradecido a Dios por los beneficios que de la divina mano recibía, por lo cual, cuasi por proverbio, cada hora traía que le había hecho Dios grandes mercedes, como a David. Cuando algún oro o cosas preciosas le traían, entraba en su oratorio e hincaba las rodillas, convidando a los circunstantes y decía: «demos gracias a Nuestro Señor, que de descubrir tantos bienes nos hizo dignos»; celosísimo era en gran manera del honor divino; cálido y deseoso de la conversión destas gentes, y que por todas partes se sembrase y ampliase la fe de Jesucristo, y singularmente aficionado y devoto de que Dios le hiciese digno de que pudiese ayudar en algo para ganar el Santo Sepulcro"²¹.

Otro documento inapreciable es la carta que Colón dirigió al ama del príncipe Don Juan, epístola conmovedora por su honda tristeza y por el elevado sentimiento religioso que patentiza: "Del nuevo cielo e tierra —proclama— que hacía Nuestro Señor, escribiendo San Juan el Apocalis, después de dicho por boca de Isaya, me hizo d'ello mensajero, y amostró a qual parte. . . "²². Es muy significativo que se designe a sí mismo como "mensajero" de la fe en Indias. Está impregnado de espíritu misional. La carta a los Reyes Católicos, inserta en el *Libro de las Profecías*, contiene también frases peregrinas: "¿Quién dubda —in-

¹⁸ R. IGLESIA, art. cit., pp. 188-190.

¹⁹ C. PEREYRA, *La conquista de las rutas oceánicas*, ya cit. p. 141.

²⁰ FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, I, Madrid, Aguilar, s. a., pp. 29-30.

²¹ LAS CASAS, *Historia de las Indias* (t. LXII de la "Colección de documentos inéditos para la historia de España", dirigida por el Marqués de la Fuensanta del Valle y D. J. Sancho Rayón), Madrid, 1875, pp. 44-45.

²² Cf. *Raccolta*, parte y vol. cits., documento XXXI, p. 66. Data de 1500.

quiere— que esta lumbre no fué del Espíritu Santo?"²³. Pregunta alusiva a su condición de "elegido", que para Ballesteros y Beretta equivale a un "delirio místico", saturado de inmenso desaliento ante el propio infortunio²⁴. Su relación del sueño en la costa de Veragua, durante el cuarto viaje, tiene igualmente mucho de visionaria: "Las Indias —le dijo la voz celestial—, que son parte del mundo, tan ricas, te las dio por tuas..."²⁵

Colón parte de la creencia, general en su tiempo, de que las naciones paganas e infieles serían convertidas tarde o temprano al Cristianismo. Según pensaba, tres acontecimientos capitales estaban ya previstos en los textos bíblicos: el Descubrimiento, la extensión de la Buena Nueva al resto de la Humanidad y el rescate de Jerusalén. La profecía de Joaquín de Fiore, aquel gran vidente calabrés del siglo XII —que predicó el retorno al estado de pureza, al reinado del Amor, esto es, el Evangelio Eterno— sobre un futuro "reedificador" español de la "Casa Santa", inquietaría grandemente al genovés. Los embajadores de su patria la evocarían también en un discurso ante los Reyes, poco después de la toma de Granada²⁶.

El insigne marino abrigaba, pues, la esperanza de alcanzar tales objetivos con la ayuda divina: él era el llamado por la Providencia a dar los tres pasos en cuestión hasta el advenimiento del Anticristo. Su gozo ante las islas y costas del Continente Austral lo corrobora: el Altísimo le dispensaba su protección. HARRISSE menciona la carta que remitió a los Soberanos inmediatamente después del primer viaje, cuando regresaba de su feliz excursión atlántica: "De tan alta cosa a donde la cristiandad deue tomar alegría y fazer grandes fiestas y dar gracias solemnes a la Sancta Trinidad con muchas oraciones solemnes por el tanto enalcamiento que auran tornandose tantos pueblos a nuestra santa fe..."²⁷ Es el *Magnificat* de un alma completamente medieval. Hallamos de nuevo la impronta franciscana: recuérdese cómo al regreso del segundo viaje (11 de junio de 1496) Colón vestía el pardo sayal de la Orden Tercera. Según Humboldt, fué entonces cuando entrevió la posibilidad

²³ Cf. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección cit.*, II, pp. 262-264; y *Raccolta*, parte y vol. cit., pp. 79-83. Una fotocopia de la misma, en J. MA. ASENSIO, *Cristóbal Colón. Su vida. Sus viajes. Sus descubrimientos*. II, Barcelona, Espasa y Cía. Editores, 1891; entre las pp. 632 y 633.

²⁴ A. BALLESTEROS Y BERETTA, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*. V, p. 690.

²⁵ Habiéndose quedado dormido tras grandes penalidades, tuvo un sueño, durante el cual oyó una voz que le dijo: "O estulto i tardo á creer, i á servir a tu Dios, Dios de todos, ¿qué hizo él por Moisés, o por David, su siervo?" (Cf. *Raccolta*, parte y vol. cit., p. 192).

²⁶ Según DE LOLLIS, quizá uno de los legados genoveses de marzo de 1493 pronunciara la oración; posiblemente Francesco Marchese o Giovanni Antonio Grimaldi. No se conserva el texto original. Un fragmento del discurso, en *Raccolta*, parte y vol. cit., p. 148. Recuérdese que también Jerónimo Münzer, el viajero ya mencionado (vid. n. 28 V), se refirió a la profecía de Joaquín de Fiore y al "reedificador" español: "No creo que les falte nada a vuestras majestades, fuera de añadir a vuestros triunfos la recuperación del sepulcro del Señor en Jerusalén. Luis y Ricardo, el uno rey de Francia y el otro de Inglaterra, hace muchos años intentaron esta misma empresa, navegando hacia Alejandría con la armada que habían preparado; pero el calabrés Joaquín, varón de Dios, predicó que aún no había llegado la hora..." (Cf. *Itinerarium*, ed. cit., p. 110).

²⁷ H. HARRISSE, *Christophe Colomb devant l'Histoire*, ya cit. (n. 2, Introducción), nota 70, p. 112.

de arribar a las tierras del Gran Khan navegando hacia el Poniente²⁸. Se ha insinuado que el desengaño sufrido en este viaje —la inexistencia de filones auríferos—, que implicaba a la vez una defraudación para los castellanos, influyó en la determinación colombina de vestir hábito penitencial; sin embargo, es ésta una explicación controvertible, ya que no puede relegarse a un plano secundario su devoción por San Francisco de Asís con anterioridad a tal viaje. Más bien debemos ver en el terciario Colón a un recogido y humilde creyente: “Colón se ha despojado de las galas mundanas —escribe Alvarez Pedroso—; comienza a tejer méritos para el cielo. Su espíritu, práctico y mundanal, se torna religioso y trascendental en alto grado. Un impulso, una interpretación y un fin místicos tendrán, de ahora en adelante, todos sus actos, todos sus pensamientos, todas sus reacciones”²⁹. Y este fervor religioso de Colón no provenía de Italia, sino de la España isabelina. Humboldt supo captar perfectamente la impresión que sobre el ánimo del Almirante ejerció su estancia en Andalucía —sobre todo en Granada y La Rábida—, cuando las armas cristianas recobraban los últimos baluartes en poder del Islam³⁰.

Es interesante consignar algunas de las posturas adoptadas por los contemporáneos del marino genovés frente a sus pretensiones místico-apostólicas. Washington Irving nos cuenta cómo los Reyes Católicos sonreían mientras el navegante exponía sus fantásticos planes en presencia suya; pero, anota, “lo que el rey y la reina pensaban expresión de un entusiasmo momentáneo, era en Colón profundo y caro designio”³¹. Ya hemos tenido oportunidad de registrar en la España y la Europa del siglo xv un clima espiritual mesiánico, escatológico y apocalíptico, del que Colón participaría notablemente*. Pues bien: el Descubrimiento de nuevas islas hacia el Oeste había causado cierta conmoción en la sensibilidad de las gentes, no sólo españolas, sino también extrapeninsulares. Al difundirse la noticia de que existían esos territorios —cartas a Santángel y a Gabriel Sánchez; de Pedro Mártir a Juan Borromeo, conde de Arona, etc., escritas entre febrero y mayo de 1493—, el Viejo Mundo se sintió perplejo ante la novedad grandiosa. “El mensaje del nuevo mundo —dice Wassermann en una biografía ‘romancée’, pero con intuiciones de la época muy agudas— conmovió el andamiaje del viejo... Ello era, si no un engaño de los sentidos, el preludio del fin del mundo, hacía

²⁸ A. DE HUMBOLDT, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, I, p. 28. Se sabe que el 2 de noviembre de 1492 el Almirante despachó en Cuba, hacia el interior, con credenciales de los Reyes Católicos para el Gran Khan, a Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, juntamente con dos guías nativos. Sobre estas cartas, cf. LAS CASAS, *Historia de las Indias*, I, Madrid, Aguilar, s. a., p. 176. - El texto puede leerse en H. VIGNAUD, *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb*, ..., II, Paris, 1911, p. 582.

²⁹ A. ALVAREZ PEDROSO, *Cristóbal Colón. Biografía del Descubridor*. La Habana, Cultural, 1944, p. 216. Según parece, Colón tenía más de cuarenta y cinco años cuando tomó esa decisión. Refiriéndose a los terciarios, dice J. JOERGENSEN que “se esfuerzan, en las condiciones especiales de su existencia ordinaria, en practicar la manera de vivir de San Francisco y sus discípulos” (cf. *Saint François d'Assise. Sa vie et son oeuvre*. Paris, 1911, p. 366).

³⁰ A. DE HUMBOLDT, ob. cit., II, pp. 175-176.

* Me ocupó del tema en el capítulo IV (“La Reconquista: ideales y frutos político-religiosos”) de mi libro, citado al principio de este trabajo.

³¹ W. IRVING, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*. Trad. espñ. I, Madrid, 1833, p. 243.

mucho tiempo profetizado" ³². Se trata, desde luego, no del efecto psicológico que produjo el Descubrimiento en las inteligencias cultivadas, sino de la expectación con que, entre supersticiosas y devotas, lo acogieron las masas.

Haciéndose eco de esta psicosis, o ironizando sin malicia a propósito de la conciencia que Colón tenía de su misión religiosa, un cosmógrafo catalán, Jaime Ferrer de Blanes, en carta fechada el 5 de agosto de 1495 le llamaría "embajador de Dios", refiriéndose a su "más divina que humana peregrinación". Vaticinaríale también, acaso con intencionada hipérbole: "Muy presto seréis por la divina gracia en el *sinus magnus*...; y cumplirse ha lo que dijo la *summa veritas*, que todo el mundo estaría debajo de un pastor y de una ley..." ³³

En serio o no, evidentemente los contemporáneos de Colón se apercibieron de su piedad, reafirmada a medida que el Almirante experimentaba desilusiones y se acibaraba su espíritu. "La fe era para Colón —según Humboldt, un representante de las 'luces'— una fuente de variadas inspiraciones; mantenía su audacia ante el peligro más inminente, y mitigaba el dolor de largos períodos de adversa fortuna con el encanto de sueños ascéticos. Pudiera, pues, su fe, llamarse fe de la vida activa, mezclada por extraña manera a todos los intereses mundanos del siglo" ³⁴. El P. Streicher declara asimismo, sobre esta piedad colombina, que era "una profunda religiosidad llevada en la misma sangre y arraigada, en último término, en una firme fe católica" ³⁵. "Tuvo fe y perseverancia —resume por su parte Ballesteros y Beretta—, dos cualidades que sostuvieron su espíritu. Fe en Dios, dispensador a manos llenas de sus beneficios, hasta el punto que en arranque místico desdeña la ciencia y proclama que cuanto ha realizado se debe a la intervención divina... El Creador ha fortalecido su ánimo con la perseverancia. Si desfallece alguna vez, el desfallecimiento es momentáneo, y pronto se recobra..." ³⁶.

Tan autorizados juicios de Humboldt, el P. Streicher y Ballesteros ratifican el concepto tradicional que de la fe colombina tenemos. Admitirlo no significa, en efecto, compartir las grotescas ideas del extravagante conde Roselly de Lorgues, por ejemplo, apologista de la beatificación del genovés; porque la biografía perpetrada por aquel "amateur", escrita —según Menéndez y Pelayo— "al gusto de las beatas mundanas y de los caballeros andantes del legitimismo francés" ³⁷, no es ya leída, ni siquiera citada —sólo a título de curiosidad— en las obras científicas actuales. Fernández Duro supo ya replicar a tales desatinos del conde, sometién-

³² J. WASSERMANN, *Cristóbal Colón. El Quijote del Océano*. Trad. espñ. Madrid, Edic. Ulises, s. a., p. 14.

³³ J. FERRER DE BLANES, *Sentencias Catholicas del divino poeta Dant*. Barcelona, 1545. Citado por J. MA. ASENSIO (cf. n. 23), II, p. 408.

³⁴ A. DE HUMBOLDT, ob. cit., II, p. 176.

³⁵ P. F. STREICHER, S. J., *La patria de Colón*, en "Investigación y Progreso" (Madrid), III (1929), p. 87.

³⁶ A. BALLESTEROS Y BERETTA, *Cristóbal Colón...*, V, pp. 764-765.

³⁷ M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *De los historiadores de Colón*, en "Estudios de crítica literaria", 2ª serie. Madrid, Rivadeneyra, 1895, p. 211. - ROSELLY DE LORGUES, *Christophe Colomb, scriteur de Dieu. Son apostolat, sa sainteté*. 2e éd. Paris, Plon, 1884.

dolo a una implacable crítica histórica³⁸. Pero si no se trata de elevar a los altares, hoy día, a Colón, sí hemos de confesar, por lo menos, que su catolicismo fué auténtico y fecundo.

3. UN TEXTO SIGNIFICATIVO: EL "LIBRO DE LAS PROFECÍAS"

En una carta sin fecha e inconclusa, pero que data seguramente de 1501 o 1502, Colón advierte a los Reyes: "Solamente me tengo a la Santa y Sacra Escritura, y a algunas autoridades proféticas de algunas personas santas, que por revelación divina han dicho algo desto..." Y añade: "Ya dije que para la ejecución de la impresa de las Indias no me aprovechó razón, ni matemática, ni mapamundos; llenamente se cumplió lo que dijo Isaias, y esto es lo que deseo escrebir aquí, por le reducir a V. A. a memoria, y porque se alegren del otro que yo le dije de Jerusalén por las mismas autoridades, de la cual impresa «si hay fe», tengo por muy cierta la victoria"³⁹.

Tal carta aparece intercalada en uno de los documentos colombinos más elocuentes para entender la psicología del Almirante: el *Libro de las Profecías*⁴⁰. Consiste éste en un centón de pasajes, tomados, ya de la Biblia, ya de autores latino-cristianos, medievales y renacentistas, que según Colón habían anunciado el Descubrimiento. Su título completo —en la Colección de Fernández de Navarrete y en la *Raccolta* de Lollis— es el siguiente: *Liber sive manipulus de auctoritatibus, dictis ac sententiis et prophetiis circa materiam recuperandae sanctae civitatis et montis Dei Sion; ac inventionis et conversionis insularum Indiae et omnium gentium atque nationum. Ad Ferdinandum et Helisabeth Reges nostros Hispanos, &c.* La más antigua referencia a esta obra se halla en los *Autógrafos* colombinos, editados por la Duquesa de Alba en 1892⁴¹. Figura ya en el inventario de los objetos propiedad del Almirante Don Diego, y su hermano Don Fernando le dió el número 2091 del catálogo que elaboró de su propia biblioteca. Simón de la Rosa hizo de él un estudio pormenorizado, concluyendo que "del cotejo paleográfico resulta comprobado evidentemente que pertenece a don Cristóbal

³⁸ C. FERNÁNDEZ DURO, *Colón y la Historia póstuma. Examen de la que escribió el conde Roselly de Lorgues...*, Madrid, Impr. M. Tello, 1885. Es una crítica muy atinada de otra obra —fanática— del conde: *Histoire posthume de Christophe Colomb*, Paris, 1885.

³⁹ Cf. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección*, II, pp. 262-263, y 265. *Raccolta*, parte y vol. cits., pp. 79-83.

⁴⁰ Existe una copia incompleta de este manuscrito en la *Colección de escritos de Colón*, que formó Juan Bautista MUÑOZ (Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid, D-92), la cual consulté gracias a la gentileza de mi maestro, el doctor Ballesteros y Beretta, Secretario Perpetuo de la Corporación. - Texto íntegro, en *Raccolta*, parte y vol. cits., documento XXXII, pp. 75-160. Según DE LOLLIS, es un florilegio que Colón deseaba presentar en forma poética y que comenzó a elaborar a raíz del cuarto viaje.

⁴¹ Cf. CRISTÓBAL COLÓN, *Autógrafos de... y papeles de América*. Los publica la Duquesa de Berwick y de Alba. Madrid, 1892, p. 70. La cita es de DE LOLLIS, *Raccolta*, parte y vol. cits., p. LVII. - Vid. también *Bibliografía Colombina*. Publicada por la R. Ac. de la H., Madrid, 1892. - S. DE LA ROSA, *Biblioteca colombina. Catálogo de sus libros impresos, con notas bibliográficas*. 3 vols., Sevilla, 1884-1894.

Colón" ⁴². Es un manuscrito de 30 x 22 centímetros y consta al presente de 70 hojas, aunque debió de tener 84 en un principio. Se compuso y formó entre 1501 y 1504, estando terminado, posiblemente, al morir su autor. Según los datos de la Real Academia de la Historia en su *Bibliografía colombina*, publicada con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento, el *Libro*, tal como ha llegado a nosotros, debió de ser una colección de papeles varios a base de apuntes, memorias y escritos sueltos, ya originales de Colón, ya copiados en todo o en parte por sus amanuenses; pero las copias muestran notas marginales, adiciones y enmiendas, que prueban haberse acabado esa colección en vida del autor. El borrador de la carta para el Rey y la Reina va en el folio 40, y el célebre pasaje de la *Medea*, de Séneca, en el folio 59 v.

Es una obra de madurez, pergeñada cuando sobre el ánimo contristado del Almirante se acumulaban tantos reveses y dolores ⁴³. A la solicitud de fray Gaspar Gorricio, un cartujo de Santa María de las Cuevas (Sevilla), italiano, que reunió autoridades para Colón, hemos de atribuir ese alarde erudito que el gran marino hace en su *Libro*. Desde luego, muchas de las citas pueden haber sido fruto de sus lecturas, porque, según el P. Cappa, "Colón conocía más que medianamente la Escritura y algunos Santos Padres, sobre todo en aquello que hacía al objeto de su antiguo ideal" ⁴⁴; pero, como a su vez ha dilucidado el P. Streicher, "las citas no habían sido ni recopiladas ni escritas por Colón, sino que, en su mayor parte, son obra de su amigo el cartujo Gorricio" ⁴⁵. Ahora bien, arguye Ballesteros y Beretta: "Las citas tomadas de uno o varios libros son frecuentes en los autores, sirven a éstos para corroborar sus opiniones; ¿qué más da que las obtengan de un escrito o de viva voz?". "Hoy —precisa— se da una gran importancia al *Libro de las Profecías* y la crítica se inclina a ver en él uno de los escritos más genuinamente colombinos. Gorricio pudo ser el amanuense, también el inspirador de muchas citas bíblicas, admitidas con fruición por el Almirante, y que éste se apropió, porque convenían con lo que deseaba expresar, con su estado de ánimo y los episodios de su vida" ⁴⁶. Ya Lollis reconoció el valor de este texto para ilustrar el alma enigmática del genovés. He aquí sus palabras literales: "*Lo ripetiamo, considerato nel suo scopo e nel suo insieme, il Libro de las Profecías serve mirabilmente a renderci ragione dello spirito complesso di Cristoforo Colombo*"... ⁴⁷

⁴² Cf. su breve estudio en la obra de J. Ma. ASENSIO, *Cristóbal Colón...* ya cit. (n. 23), I, pp. 216-235. La referencia sobre el análisis paleográfico del *Libro de las Profecías*, en la p. 231. Muñoz, Navarrete, Gallardo, Washington Irving, Varnaghem, HARRISE y otros colombistas, han estimado obra del Almirante este *Libro*. (Cf. ASENSIO, ob. cit., I, pp. CXXV-CXXVI de la Introducción). Sin embargo, el P. STREICHER, más recientemente, ha impugnado tan firme convicción (Cf. nota 35).

⁴³ "Los que juzgan incomprensivamente a Colón —dice Ballesteros y Beretta— prescinden de las huellas dejadas en su espíritu por el despojo. El no considerar este hecho fundamental expone a los escritores a no comprender los escritos de Colón en esta etapa de su vida" (Cf. ob. cit., IV, p. 695).

⁴⁴ P. R. CAPPA, S. J., *Estudios críticos sobre la dominación española en América*. Parte 1ª: *Colón y los españoles*. Madrid, 1889, p. 124.

⁴⁵ P. F. STREICHER, S. J., *La patria de Colón*, ya cit. (n. 35), p. 87.

⁴⁶ A. BALLESTEROS Y BERETTA, ob. cit., IV, p. 204.

⁴⁷ C. DE LOLLIS, *Raccolta*, parte y vol. cit., p. LX. El subrayado es mío. Interesa asimismo el juicio de MENÉNDEZ Y PELAYO, "El «profetismo» de Colón —afirma— existe, y Humboldt no le desconoce; pero como hombre nacido y educado en el siglo XVIII, apenas insiste

Las dos ideas centrales que movieron a éste a prepararlo fueron el Descubrimiento y la liberación del Santo Sepulcro. Denominador común de ambas empresas era otra idea: la evangelización universal. Y para fortalecer su misticismo, Colón recurrió —directa o indirectamente— a los textos que parecían confirmar, vaticinándola, su misión apostólica. Es así, en efecto, como desfilan ante los ojos del lector, Isaías, el Salmista, Séneca, Joaquín de Fiore, Nicolás de Lyra, Pierre d'Ailly, etc. Todos ellos, según Colón, habían profetizado o arrojado alguna luz sobre tales proyectos. Isaías, especialmente: el Descubridor tenía una confianza extrema en sus predicciones. Recordemos aquellos versículos sobre la difusión del monoteísmo: “Ciertamente, congréguese a mí los barcos, con las naves de Tarsis a la cabeza, para traer a tus hijos de lejos, su plata y su oro con ellos, para el nombre de Yahveh tu Dios, para el Santo de Israel, pues te glorifica...” “Y pondré en ellos un signo y mandaré supervivientes de ellos a los pueblos, a Tarsis, Put y Lud, Mésef y Ros, Túbal y Javán, a las costas lejanas que no han tenido noticia de mí, ni han visto mi gloria; y anunciarán mi gloria entre los pueblos...”⁴⁸ Los Salmos referentes a Sión —en número de sesenta y cinco— ejercerían también profunda influencia sobre la imaginación colombina. Y no menos los inquietantes versos de Séneca:

Venient annis saecula seris
 Quibus Oceanus vincula rerum
 Laxet, et ingens pateat tellus
 Tethysque novos detegat orbes
 Nec sit terris ultima Thule... 40

Junto con los textos mencionados, el Almirante concede asimismo extraordinaria autoridad a los de Joaquín de Fiore, interpretando su *Oraculum Turcicum* como profecía de un “reedificador” que saldría de España para rescatar Jerusalén. La carta de Jamaica (7 de julio de 1503), también conocida por *lettera rarissima*, es a este respecto muy expresiva. “Hierusalem y el monte Sion ha de ser reedificado por mano de cristianos: quien ha de ser, Dios por boca del Profeta en el décimo cuarto salmo lo dice. El Abad Joaquín dijo que este había de salir de España... ¿Quién será que se ofrezca a esto? Si nuestro Señor me lleva a España, yo me obligo de llevarle, con el nombre de Dios, en salvo”⁵⁰.

en esto, ni llega a ver en el *Libro de las Profecias* otra cosa que un tejido de sueños y de fantasías incoherentes; cuando para nosotros allí está la filosofía del descubrimiento tal como Colón la entendía, con grandeza tal de espíritu, que debe mover a respetuosa veneración al más escéptico” (Cf. *De los historiadores de Colón*, ya cit., n. 37, p. 281). Humboldt hallaba en Colón un gran “desorden de ideas que, efecto de la incoherencia y de la extrema rapidez de sus lecturas, aumentaba bajo el doble influjo de la desgracia y del misticismo religioso” (Cf. ob. cit., II, p. 155). A su vez, en nuestros días, CARLOS PEREYRA —especulando sobre una enajenación mental que no puede, en modo alguno, demostrarse— se refiere así a esta vertiente psicológica de Colón: “Sus viajes se asemejan más bien a «razón profética», según otra expresión que él empleaba. Es en todo un hombre extraño, diferente de los demás, naturaleza complicada y desigual. Viéndolo bien, no es un meridional, ni por sus cualidades ni por sus defectos. Es uno de estos hombres del Norte —Lutero, Cromwell, Lincoln—, realistas místicos...” (Cf. *Historia de la América española*, ya cit., I, p. 142).

⁴⁸ ISAÍAS, LX, 9, y LXVI, 19 (Cit. por la 3ª ed. de la Sagrada Biblia, de J. Ma. BOVER, S. I., y F. CANTERA BURGOS, Madrid, B. A. C., 1953, pp. 1174 y 1181-2).

⁴⁹ SÉNECA, *Medea*, 376-380.

⁵⁰ Cf. NAVARRETE, *Colección*, I, pp. 309-310. Vid. supra, n. 26.

Otro que también se ocupó del "reedificador" de la Casa Santa, en correspondencia mantenida con un ex-rabí de la sinagoga de Marrakex, fué el converso Nicolás de Lyra († 1340)⁵¹. Pero entre los contemporáneos, el autor más consultado por el Almirante sería Pierre d'Ailly, a quien debemos ciertos cálculos sobre el fin del mundo. "Segund esta cuenta —escribe Colón a los Reyes— no falta salvo ciento e cinquenta y cinco años para cunplimiento de siete mil, en los cuales digo arriba por las autoridades dichas que habrá de fenecer el mundo"⁵². Alfonso X le aportaba los datos matemáticos, ya que en opinión del Rey Sabio mediaban entre la Creación y Adán, por una parte, y el Nacimiento de Cristo, por otra, 5.343 años y 318 días... Así, pues, según tan asombrosa cuenta, el año en que Colón daba forma a su *Libro de las Profecías* era el de 6.845, por lo que únicamente faltaban 155 para la consumación de los siglos. Humboldt anota que, conforme a tales disquisiciones apocalípticas, el "gran año" podía situarse entre la muerte de Descartes († 1650) y la de Pascal († 1662)⁵³. Colón estaba, en consecuencia, firmemente persuadido de que los autores citados eran infalibles. "Grandísima parte de las Profecías y sacra Escripura —añade— está ya acabado: ellas lo dicen y la Santa Yglesia a alta voz sin cesar lo está diciendo..."⁵⁴ Señal evidentísima de que así acontecería: la difusión del Cristianismo en las Indias por él descubiertas.

La escatología colombina ha preocupado a bastantes escritores. En virtud de estas lucubraciones acerca del fin de los tiempos, de la Casa Santa, etc., se han aventurado hipótesis muy sugestivas, pero carentes de fundamento histórico. Por ejemplo, Salvador de Madariaga y otros ensayistas han creído en el judaísmo de Colón⁵⁵. Relacionada con los cómputos arriba expuestos, no deja de ser curiosa la advertencia del profesor oxoniense: "La más extraordinaria de estas indicaciones sobre Jerusalén es la nota de Colón a su *Historia rerum ubique gestarum* del Papa Pío II. En esta nota calcula la edad del mundo «segundo los judíos» hasta el año 1481, que era el 5241, *anno mundi*..."⁵⁶ "Y desde la destrucción de la Segunda Casa segundo los judíos —continúa el Almirante—, fasta agora sciendo el año del nacimiento de nuestro Señor de 1481 son 1413 años"⁵⁷. A lo cual, según Madariaga, el doctor

⁵¹ Samuel de Fez habría de ser luego Nicolás de Lyra. Colón utiliza un pasaje del comentario que aquél haría a varios textos bíblicos (*Paralipómenos*, XXII: *Reyes*, XII; y *Libro de Daniel*). Cf. *Raccolta*, parte y vol. cits., p. 78. Sobre la correspondencia entre los dos rabinos, *vid. ob.*, parte y vol. cits., pp. 94-97.

⁵² Cf. NAVARRETE, *Colección*, II, p. 264. - Existe una buena edición crítica de Aliaco: *Vid. PIERRE D'AILLY, Imago Mundi*... Texte latin et traduction française des *Quatre Traités Cosmographiques*... et des *Notes Marginales de Christophe Colomb*. Étude sur les sources de l'auteur, par Edmond Buron. 3 vol., Paris, 1930. No me ha sido posible consultarla.

⁵³ A. DE HUMBOLDT, *ob. cit.*, II, p. 172. El *Libro de las Profecías* y, concretamente, los cálculos sobre el fin del mundo, recuerdan a Humboldt, "a pesar de la diferencia de países y de siglos, las graves discusiones del inmortal Newton, sobre el undécimo cuerno de la cuarta fiera de Daniel (Brewster, "Life of Newton", 1831, p. 279)..." (Cf. *ob. cit.* I, p. 24, nota).

⁵⁴ Cf. NAVARRETE, *Colección*, II, p. 265.

⁵⁵ S. DE MADARIAGA, *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*. 4ª ed., Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1947.

⁵⁶ MADARIAGA, *ob. cit.*, pp. 572-574.

⁵⁷ MADARIAGA, *Ibidem*. - Cf. también NAVARRETE, *Colección*, II, p. 264.

Cecil Roth comenta: "Con la segunda casa, Colón quiere decir el Segundo Templo de Jerusalén: sus palabras son traducción literal de la frase tradicional hebrea; los gentiles siempre decían destrucción de Jerusalén"⁵⁸. Por lo demás, el señor Madariaga pretende hallar en el genovés síntomas de judaísmo, haciendo de él nada menos que un converso, a juzgar por determinadas frases de sus cartas y autógrafos en general. El pasaje famoso: "Digo que el Espíritu Santo obra en cristianos, judíos, moros, y en todos otros de toda seta, y no solamente en los sabios, mas en los inorantes"⁵⁹, le induce a pensar que "esta tendencia evangélica hacia la esencia más que hacia las formas y la autoridad, era rasgo típico del converso"⁶⁰. Y, aún más, del protestante. Finalmente, el monograma de las cartas:

. S .
 .S.A.S.
 XMY

se le antoja cabalístico: su forma triangular es, para Madariaga, un dato importante. ¿Escudo de David? ¿Doble triángulo? ¿Hexagrama? "Así —sentencia— el anciano marinero volvía a su fe prístina al acercarse a la muerte"⁶¹.

Indudablemente, el problema de tal monograma dista mucho de estar resuelto; sin embargo, la explicación propuesta por el P. Streicher es más convincente que la de Madariaga⁶². Según el notable paleógrafo, debe leerse: "*S ub Scrip Si Xristoval [X (Ch) ristoferens] Almirante Major de las Y ndias o Y slas*". Se trata, por consiguiente, en la interpretación del P. Streicher, de un monograma de nombre y título. En cuanto a la firma Xρ̄o FERENS, queda aclarada por el nombre de pila: Cristoforo. "Era la época en que Colón, con su amigo fray Gaspar Gorricio, consagraba su interés al *Libro de las Profecías*, y en que, de año en año, fueron en aumento sus ensueños apocalípticos"⁶³.

Por tanto, esas sospechas de judaísmo encubierto apenas pueden tomarse en consideración. "El tergiversar —dice Ballesteros y Beretta— su ardiente deseo de rescatar la Casa Santa como un afán judaico sobre la recuperación de Jerusalén, es adelantar en unos siglos el sionismo de un modo anacrónico y absurdo. El catolicismo de Colón y su fe sincera y ardiente bien demostrados están en sus escritos y en la amistad con frailes, principalmente franciscanos, y hasta en su relación epistolar con Alejandro VI y Julio II"⁶⁴.

⁵⁸ MADARIAGA cita un trabajo de CECIL ROTH, colega suyo en la Universidad de Oxford, publicado en "The Menorah Journal", XXVIII (octubre-diciembre), 1940. La cita, en la p. 573.

⁵⁹ Cf. NAVARRETE, *Colección*, II, pp. 263-264.

⁶⁰ MADARIAGA, ob. cit., pp. 503-504.

⁶¹ MADARIAGA, ob. cit., p. 561.

⁶² P. F. STREICHER, S. J., *El monograma de las cartas de Colón*, en "Investigación y Progreso", III (1929), pp. 36-38.

⁶³ P. STREICHER, art. cit., p. 37.

⁶⁴ BALLESTEROS Y BERETTA, ob. cit. V, p. 767.

4. LA "CASA SANTA" Y EL ORO DE OPHIR.

Washington Irving, con gran lucidez, enfocó ya el proyecto colombino en torno a la liberación de los Santos Lugares: "Es hecho característico y singular, nunca observado como se debiera, que el rescate del Santo Sepulcro fué uno de los grandes objetos de su ambición, meditado por todo el resto de su vida y solemnemente recordado en su testamento. No le juzgaba menos que como una de las grandes obras de que el Cielo le había hecho agente, y consideraba después sus grandes descubrimientos como dispensación preparatoria de la Providencia para realizarlo"⁶⁵. Agregando: "La empresa sugerida por Colón, aunque pueda en el día aparecer extravagante y ociosa, estaba de acuerdo con la disposición de aquellos tiempos y la Corte a que se propuso"⁶⁶.

Ya hemos visto cómo, en efecto, la batalla por el Mediterráneo aconsejaba una acción contra el infiel, sobre todo contra los turcos otomanos, que por entonces invadían tierras cristianas y se aproximaban peligrosamente a los reinos occidentales*. "La preocupación hegemónica del dominio del Mediterráneo frente a la pujanza turca"⁶⁷, escribe Ballesteros y Beretta, suministraba, desde luego, ciertas bases históricas al plan colombino. Ahora bien, éste no podía aplicarse, ni militar ni políticamente, dado su carácter romántico y ajeno en absoluto a las exigencias del momento hispánico.

Examinemos los orígenes de dicho proyecto.

Humboldt señaló ya la posibilidad de que Colón vislumbrara tal plan encontrándose en Baza, durante el asedio (1489), con dos frailes del Santo Sepulcro que eran portadores de una misiva del Soldán egipcio para el Papa; misiva en la cual el soberano musulmán se lamentaba, como sabemos, de la guerra que los Reyes Católicos hacían a los moros de Granada, y amenazaba con tomar represalias contra los cristianos de sus dominios si Fernando e Isabel proseguían sus campañas⁶⁸. El rey de Nápoles, adicto al Soldán, recomendaba la negociación diplomática, pero los Reyes españoles se mostraron irreductibles: "Respondieron al Papa —dice Hernando del Pulgar— que bien sabía Su Santidad, y era notorio por todo el mundo, que las Españas en los tiempos antiguos fueron poseydas por los reyes sus progenitores; τ que si los moros poseyan agora en España aquella tierra del reyno de Granada, aquella posesión era tiranía, τ no jurídica. . . Dada esta respuesta, τ despedidos aquellos frayles enbaxadores, la Reyna les dio mill ducados cada año, situados en sus rentas; los quales dio horden que se llevasen a Jerusalén por cambios cada vn año, para que las cosas neçesarias al culto divino se fiçiesen en el Sancto Sepulcro más honrradamente. Otrosí, les dio vn velo, que

⁶⁵ W. IRVING, ob. cit. (n. 31), I, p. 244.

⁶⁶ IRVING, ob. cit., III, p. 222.

* Trato estos asuntos en los capítulos III ("Alfonso V *el Magnánimo* ante la 'Cuestión de Oriente'."), y V ("La política antiislámica de los Reyes Católicos") de mi libro ya mencionado.

⁶⁷ BALLESTEROS Y BERETTA, ob. cit., V, p. 694.

⁶⁸ Cf. A. DE HUMBOLDT, ob. cit., II, pp. 170 ss.

ella, mouida con devoción, avía fecho por sus manos, para poner encima del Sancto Sepulcro”⁶⁹.

Muy probablemente Colón, frecuentador de La Rábida, habló con los dos emisarios y se informó sobre Palestina. Realzaría su idea, según Humboldt, con “el doble motivo religioso de convertir a los súbditos del Gran Khan”⁷⁰. Por tanto, sus miras no se diferenciaban casi de las que guiaron a los Pontífices y misioneros del siglo XIII. Konetzke, basado en inferencias análogas a ésta, sostiene que “en los comienzos mismos de los grandes descubrimientos se echan de ver los indicios de una política mundial europea, que tiende a abarcar los espacios más remotos de la tierra y a reunirlos en un orden unitario dentro del espíritu de la tradición cristiano-occidental”⁷¹.

¿Con qué elementos contaba el Almirante?

La carta a Alejandro VI revela que, hacia 1502, Colón soñaba con un ejército de cruzados. “Esta empresa se tomó —dice— con fin de gastar lo que d’ella se oviesse en presidio de la Casa sancta á la sancta Yglesia. Después que fuy en ella y visto la tierra, escriví al rrey y a la rreyna mys señores, que dende á siete años, yo le pagaría cinquenta myll de pie, y cinco myll de cavallo en la conquista délla, y dende á cinco agnos otros cinquenta myll de pie, y otros cinco myll de cavallo, que seríam dies myll de cavallo e cientmyll de pie para esto. Nuestro Señor muy bien amostró que yo compliría por experientia amostrar que podía dar este año a Sus Altezas ciento y veiynte quintales de oro, y certeça que sería ansy de otrotanto al término de los otros cinco años. Sathanás ha destorbado todo esto, y con sus fuerças ha puesto esto en término que non haya efecto, ny el uno, ny el otro, sy Nuestro Señor non lo ataja. . .”⁷².

Un ejército de cien mil infantes y diez mil jinetes era, a la sazón, más que suficiente para emprender una ofensiva en territorio islámico con garantías de éxito. La flota castellano-aragonesa estaba en condiciones, además, de operar lejos de sus bases si las circunstancias militares lo exigieran. Sin embargo, la Corona no prestaba oídos a tamaño plan, el cual, lógicamente, dependía de los Reyes para su efectividad. Isabel nunca perdió su sentido práctico aun cuando viera con simpatía los sueños del Almirante; Fernando —que no le era bienquisto, a pesar de su cortesía oficial—, menos aún, teniendo en cuenta el realismo político de este monarca, prudentísimo en sus decisiones y consciente, por ello, de los gastos que tal empresa implicaba, aparte de los riesgos bélicos a que se expondría. Todos los dineros y contingentes militares eran pocos, en fin, para mantener el prestigio de España en Europa. Colón se hallaba, pues, completamente solo.

No obstante, aún confiaba el genovés. Confiaba en las riquezas de Indias. Confiaba en el oro de Ophir, a donde iban las naves de Hiram y Salomón. . .

⁶⁹ HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. cit. (n. 14, V), II (Guerra de Granada), cap. CCXLI, pp. 396-398.

⁷⁰ A. DE HUMBOLDT, ob. cit., II, p. 171.

⁷¹ R. KONETZKE, *El Imperio español. Orígenes y fundamentos*, ya cit. (n. 12 V), p. 189. Abordo la cuestión en el capítulo I (“Actitudes bajomedievales frente al Islam”) de mi libro citado.

⁷² Cf. NAVARRETE, *Colección*, II, p. 282. *Raccolta*, parte y vol. cits., p. 166.

El culto del oro es otra de las facetas de Colón. No cabe duda que se extasiaba en presencia de este metal y que en la *lettera rarissima* se manifiesta acorde con el capitalismo naciente: "Del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraíso" ⁷³. Pero si es cierta la aureomanía de Colón, también lo es su propósito de destinar el oro indiano a la liberación de Jerusalén. "Colón, aparte el lucro personal —afirma Ballesteros y Beretta—, perseguía un fin más alto. Quería el oro para la generosa empresa de rescatar Jerusalén y el Santo Sepulcro de manos de los infieles" ⁷⁴. "Durante el tercer viaje —dice a su vez Humboldt—, en el que descubrió la costa de Paria, las ideas bíblicas dominan el ánimo de Colón. El sitio del Paraíso, que acaba de hallar, y las riquezas del 'país montañoso' de Ophir (Monte Sopora), agitan su imaginación. En el cuarto y último viaje vuelven a preocuparle el Quersoneso de Oro y las ideas de Ptolomeo aprendidas en las obras de Pedro de Ailly y de Nicolás de Lira" ⁷⁵. Pasión, desde el punto de vista europeo, muy extendida a causa de la crisis de numerario. Evidentemente la ambición señoreaba los espíritus cuando pasó el miedo a las tierras ignotas que el Almirante explorara, y en el caso de Colón tampoco permaneció ausente. "De lucro se trataba —observa Wassermann—; pero no sólo de lucro. Entraba también en juego una buena parte de romanticismo" ⁷⁶. Romanticismo, sin duda, que supo entrever Menéndez y Pelayo al calificar la aureomanía de Colón, justamente, como "sentimiento en cierto modo poético y que de ninguna manera ha de confundirse con la sórdida codicia" ⁷⁷. Pues el ideal de cruzada inspiraba, en gran medida, esta "fiebre amarilla" del Descubridor.

5. LOS ÚLTIMOS ANHELOS.

Colón, idealista, fracasó. Europa no estaba ya dispuesta a reanudar las gestas medievales con el fervor de los primeros cruzados. Cuando retorna de su segundo viaje, en 1496, la ansiedad y el desencanto empiezan a lastimar su alma; ansiedad y desencanto que irían en aumento hasta 1506, año de su muerte, y que se reflejan tanto en la correspondencia de este período de su vida como en el *Libro de las Profecías* y en el vagar ininterrumpido, estéril, de sus postreros días solitarios. Desde entonces se lamenta sin cesar: "Una de las modalidades de Colón —anota Ballesteros y Beretta— era la continua queja; al lado de la confianza en Dios, el lamento por la persecución injusta. Este persistente quejido es el sello de su alma plebeya. Colón, bien se conoce, no era aristócrata de sangre; no sabe perder; los rasguños de la vida producen en él los ayes dolorosos que exhala de modo incesante, sin dignidad ni

⁷³ Cf. NAVARRETE, *Colección*, I, p. 309.

⁷⁴ BALLESTEROS Y BERETTA, ob. cit., V, p. 764. Este es un punto muy discutido, pero nada revela que el Almirante actuase por simple afán de lucro.

⁷⁵ A. DE HUMBOLDT, ob. cit., I, p. 227. - El gran sueño dorado de Colón era, precisamente, Veragua. Cf. C. PEREYRA, *Historia de la América española*, ya cit., (n. 7), I, pp. 130-144.

⁷⁶ J. WASSERMANN, *Cristóbal Colón*..., ya cit. (n. 32), p. 16.

⁷⁷ MENÉNDEZ Y PELAYO, *De los historiadores de Colón*, ya cit. (n. 37), p. 215.

el más elemental decoro. Disimulado, cauto para tantas cosas, no lo fué para el dolor, que estalla en él en gritos incontinentes. . . ”⁷⁸. Efectivamente, no hace más que gemir: a su hijo Diego, a fray Diego de Deza, a los amigos y protectores, a los Reyes —sobre todo a los Reyes— dirige cartas patéticas, llenas de amargura y desazón ante el porvenir incierto, ante sus privilegios amenazados o no ratificados, ante sus prédicas de apóstol en el desierto de la incomprensión. Quizá sus errores políticos, o la gota, o el desdén que para sus cosas mostraba el Rey Fernando, nos den la clave de tan oscuro crepúsculo. Quizá, también, se ganara en la Corte fama de visionario. La afrenta de Bobadilla influyó no poco, asimismo, en la transformación psicológica del Almirante: recuérdese la carta al ama del príncipe Don Juan, escrita precisamente cuando volvía en calidad de reo. Por otra parte, la muerte de la Reina Isabel fué para Colón motivo de inmensa tristeza, pues aquella gran mujer y soberana siempre le escuchó y protegió. A partir de 1504, en efecto, nada o muy poco obtendría Colón de la Corte. Enfermo sin remisión, pide solamente que Don Fernando reconozca los derechos en otro tiempo estipulados por escrito. No habla ya, naturalmente, de cruzada. Fray Gaspar Gorricio es, en Sevilla, el fiel amigo, el noble consejero que le alienta sin desmayo. Pronto se trasladaría el navegante a Segovia y Salamanca, logrando una entrevista con el Rey, pero sin resolver ninguno de sus asuntos. El monarca vivía pendiente de su yerno Felipe, de la madeja internacional, de su inminente boda con Germana de Foix. . . En el testamento (19 de mayo 1506), refiriéndose a las Indias, declara con melancolía: “El Rey é la Reina nuestros Señores, cuando yo les serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios Nuestro Señor se las di como cosa que era mía, pudiendo decir, porque importuné a SS. AA. por ellas, las cuales eran ignotas é abscondido el camino á quantos se fabló dellas, é para las ir a descubrir allende de poner el aviso e mi persona. SS. AA. no gastaron ni quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedís, e a mí fue necesario de gastar el resto: así plugo a SS. AA. que yo hubiese en mi parte de las dichas Indias, Islas e tierra firme. . . ”⁷⁹

Según Washington Irving, en el testamento figura una cláusula dedicada a su hijo Diego, en la cual dispone que éste no abandone el proyecto de Jerusalén y reúna los fondos necesarios para la empresa⁸⁰.

ANTONIO ANTELO IGLESIAS

⁷⁸ BALLESTEROS Y BERETTA, ob. cit., V, p. 765.

⁷⁹ Cf. NAVARRETE, *Colección*, II p. 313. - *Raccolta*, parte y vol. cits., pp. 260-266.

⁸⁰ W. IRVING, ob. cit., IV, pp. 527-528.